

ÉTICA SEXUAL PARA JÓVENES SOLTEROS

Angel Sanabria Ibarra

Introducción

La mayoría de los adultos se quejan de los tiempos modernos y de las nuevas generaciones, diciendo que en su época las cosas iban mejor. «¡Antes sí había decencia –dicen–, no como ahora...!» Pero la verdad es que cuando levantamos la alfombra... nos damos cuenta que la casa no estaba tan barrida como se presumía.

En este estudio hablaremos del sexo, y específicamente de los problemas que aquejan a los jóvenes solteros en esta área; pero no queremos partir de falsas apreciaciones, ni abogamos por regresar a una actitud victoriana con respecto al sexo. Queremos ver las cosas como son y “agarrar el toro por los cuernos”. Eso sí convencidos, y lo decimos desde ahora, que la solución a muchos problemas que aquejan a los jóvenes actualmente, se encuentra en un reencuentro con la Palabra de Dios y el poder de su amor. De modo que lo único que pedimos es que: «el que tenga oídos para oír... ¡que oiga!»

Hablaremos de temas como *la masturbación, la pornografía, el incesto, la violación, etc.* Pero, antes, será necesario que nos detengamos un poco a comprender cuál es la perspectiva de Dios, revelada en las *Sagradas Escrituras*, con respecto a la vida, el cuerpo y la sexualidad humana.

I. EL VALOR DE LA VIDA HUMANA

La Biblia contiene enseñanzas muy claras acerca del valor de la vida humana, así como sobre la naturaleza de la sexualidad. Veamos ambos aspectos por separado:

A. La Biblia enseña que *la vida humana es sagrada y tiene un valor infinito*. Las razones que explican esta postura son las siguientes:

1. *El hombre y la mujer fueron creados a imagen y semejanza de Dios (Gn 1:26-27)*: el hombre es la única criatura en la cual Dios imprimió su propia imagen, no se trata de una semejanza física, porque Dios no tiene un cuerpo masculino o femenino, sino de una semejanza *espiritual*. Dios creó al hombre en un estado de justicia perfecta y le dotó de capacidades racionales y morales para vivir, y aunque esta condición ha sido afectada por el pecado, Dios aún puede restaurar esta imagen en cada uno de sus hijos. El hombre, pues, tiene un origen divino.

2. *El hombre y la mujer son los mayordomos de la creación (Gn 28:30)*: Dios puso al hombre en el mundo para que lo habitara, lo cuidara y lo administrara sabiamente. El ser humano es, además, una criatura especial y tiene un lugar único en el cosmos (Sal 8:3-6): está por debajo de los ángeles, pero por encima de los animales, lo cual significa que no es un dios, pero tampoco un animal para que se comporte como tal. Es un ser con una vocación divina.

3. *El cuerpo humano es un santuario para glorificar a Dios (I Co 6:19-20)*: Dios quiere que cada hombre sea un templo viviente en donde se le glorifique, el cuerpo humano fue creado no sólo para que el hombre cumpla con funciones físicas y biológicas en el mundo, sino también para que en él more la presencia de Dios. Por tal motivo el cuerpo debe ser cuidado, respetado y consagrado para la gloria de Dios. La Biblia hace una severa advertencia contra aquellos que profanen y destruyan el cuerpo humano (I Co 3:16-17).

4. *La vida humana tiene un valor infinito (Jn 3:16)*: el ser humano vale más que todos los tesoros del mundo, su valor es incalculable; sólo podemos aproximarnos a decir, aún a riesgo de parecer demasiado atrevidos, que *la vida humana vale la vida de Dios*, porque la Biblia enseña que Dios pagó con su propia vida, a través de Jesucristo, la salvación de cada hombre.

B. En cuanto a la sexualidad humana, la Biblia tiene varias enseñanzas:

1. *Es la relación entre un hombre y una mujer (Gn 2:24)*. Esta parece ser una razón bastante obvia, pero, como veremos, en muchas ocasiones ésta no es respetada y ha llevado a muchas desviaciones y perversiones sexuales. El cuadro de “Adán y Eva” es sumamente sugestivo: la relación sexual no es cosa de uno, mucho menos de tres; no es tampoco de un hombre con varias mujeres, ni de una mujer con varios hombres; no es de un hombre con otro hombre, ni de una mujer con otra mujer. Es, digámoslo una vez más, aún a riesgo de que se nos tache de “puritanos”, *de un solo hombre con una sola mujer*.

2. *La relación sexual es comunión (Gn 2:18-25)*. El relato dice que «no era bueno que el hombre estuviera solo», creó una mujer, tomada de su propio cuerpo, para que por medio de una relación íntima pudiera unirse nuevamente a él. Así, la sexualidad tiene como primer propósito la comunión entre el hombre y la mujer, la compañía mutua, la solidaridad y la reciprocidad humana.

3. *Es la institución de una relación familiar (Gn 2:24)*. La sexualidad no es una mera satisfacción carnal, si así fuera, el texto no indicaría que el hombre debe abandonar el hogar paterno; este señalamiento da a entender que la unión entre un hombre y una mujer implica, o debe hacerlo, la institución de una sólida y responsable relación familiar, en esta tierra (no sabemos en otro planeta...) a esto lo llamamos: *matrimonio*.

4. *Busca como supremo fin la reproducción humana (Gn 1:28)*. El sexo no es *solamente* para traer hijos al mundo, pero sí tiene su más grande satisfacción en este hecho, y es su más sublime tarea (cf. Sal 127:3).

5. *La relación sexual debe implicar amor (Ef 5:33)*. Y el amor, si entendemos bien la Biblia, *es la preocupación por el bienestar del prójimo*. El amor no es “química”, como algunos dicen, sino una *fuerza espiritual*, pues tiene su origen en Dios (I Jn 4:8). A más de una persona le parecerá *cursi* que hablemos aquí del amor; pero, ¿no es más absurdo lo que el pensamiento corriente nos propone; imaginemos lo ridículo que sería que en el altar el ministro religioso le pregunte al novio: «¿Aceptas tener la suficiente “química” por esta mujer... “química” en la pobreza, en la enfermedad y en la tribulación...?» Y a ella: ¿Y tú, le corresponderás a tu marido con la misma “química”...?» ¡Bah...!

6. *La sexualidad debe ser administrada racionalmente.* Esto no quiere decir que se dé en raciones, o por partes, sino que se use la razón para ejercitarla. Desde luego, nadie se desprende de su razón cuando mantiene relaciones sexuales con alguien, el problema es que muchas veces no se razona bien; los desordenes sexuales no se dan tanto porque se pierda la cabeza, sino porque primero, ¡se pierde la vergüenza y el respeto! No es nada más traer hijos al mundo por traerlos, ni tampoco tener sexo por tenerlo. La Biblia habla, en muchas formas, de ejercitar la sexualidad racionalmente. Por ejemplo, se pide al varón que respete a su mujer mientras está reglando (Lv 18:19); que se determine sabiamente cuántos hijos ha de tener la pareja (Sal 127:4-5), etc.

7. *La relación sexual ha de verse como un acto sagrado* (Ef 5:25-32). Tanto los puritanos como los libertinos yerran en su opinión con respecto al sexo, unos considerándolo como algo pecaminoso, y los otros, como un instinto animal. Para unos y otros será sorprendente descubrir que el NT se vale de la relación íntima entre un hombre y una mujer, nada menos que para ejemplificar la perfecta unión entre Cristo y su Iglesia. De ahí que dicha relación no puede ser algo malo; los ignorantes la desvirtúan, pero los cristianos deben honrarla (cf. Hb 13:4).¹

II. PROBLEMAS ÉTICOS DE LA SEXUALIDAD

Ahora sí, esta es la parte en la que nos referiremos a aquellas prácticas y actos sexuales que pueden presentarse durante la juventud, y que despiertan fuertes cuestionamientos, cuando no serios problemas, morales, psicológicos y aún espirituales, en muchos varones y mujeres.

A. Masturbación

Esta se refiere al placer sexual producido por uno mismo, mediante la manipulación o estimulación de los genitales; lo llegan a practicar tanto los varones como las mujeres, aunque con mayor frecuencia los primeros.

Los psicólogos han señalado que, hasta cierto punto, esta puede ser una práctica normal, propia de adolescentes que recién están descubriendo su sexualidad. Los adultos de generaciones anteriores asustaban a los muchachos diciéndoles que si seguían de “cochinos” ¡les saldrían pelos en las manos, o quedarían ciegos, o impotentes...! Desde luego, ninguna de esas cosas son ciertas, lo cual, por otra parte, no significa que sea recomendable dicha práctica.

En la Biblia no hay una mención específica sobre la masturbación, pero de su enseñanza acerca de la sexualidad, podemos desprender algunas ideas que aquí se aplican (algunas ya las vimos en la primera parte):

1. La sexualidad es algo para compartirse *entre dos personas*, un hombre y una mujer (Gn 2:24). De ahí que cualquier ejercicio sexual fuera del modelo de la pareja resulta desordenado: la satisfacción sexual de una sola persona es *masturbación*; la de más de dos: *orgía*.

2. Al ser nuestro cuerpo “templo del Espíritu Santo”, se espera que con él glorifiquemos a Dios (I Co 6:19-20). La masturbación comúnmente implica pensamientos impuros y en muchos casos el uso de pornografía.

3. La sexualidad en el matrimonio debe buscar la satisfacción del cónyuge (I Co 7:4). La masturbación al ser un acto solitario acentúa el egoísmo de la persona, pues sólo busca saciar su apetito sexual; de modo que quienes la practican obsesivamente es muy probable que tengan serios problemas al estar casados, pues sólo se preocuparán por su propia satisfacción y no por la de su pareja.

4. La sexualidad es mucho más que satisfacción carnal, es una *relación interpersonal de la pareja* en el ámbito físico, moral y espiritual (Ef 5:33). La masturbación reduce la sexualidad a la mera satisfacción de un apetito carnal.

B. Impudor

Con esta palabra se hace referencia tanto al voyerismo, que es la obsesión por ver los cuerpos desnudos o los órganos sexuales de otras personas, como al exhibicionismo, que es la obsesión de mostrar a otros, los órganos sexuales o el cuerpo desnudo de uno mismo.

No estamos hablando aquí de la atracción física entre los sexos, ni tampoco del deseo y atracción que el cuerpo de nuestra pareja nos pueda producir. Esto es natural, el problema es cuando “enseñar” o “ver” cuerpos desnudos se convierte en una obsesión, y no se alcanza satisfacción sexual sin ello. Muchos espectáculos y prácticas refuerzan este tipo de comportamiento. Es bien sabido que para satisfacción de los hombres existen toda clase de shows de “streaptease”, sobre todo los llamados “table-dance”; pero también para ellas han surgido los llamados shows “Sólo para mujeres”, o “cheap and dale”. El *nudismo*, practicado en muchas playas del mundo, también es una forma de exhibicionismo y voyerismo, aunque sus partidarios nos quieran convencer de que no lo hacen con morbo.

En la Biblia existen varios textos que nos indican la prohibición tanto de andar viendo cuerpos desnudos, como de exhibir los genitales en público. Sobre lo primero, el libro de *Levítico* claramente indica que no se debe descubrir la desnudez de ningún pariente cercano (18:6-18); y sobre andar viendo otras personas, el NT nos exhorta a apartarnos de «los deseos de la carne y los deseos de los ojos» (I Jn 2:16).

En lo que respecta a enseñar los órganos sexuales, el libro de *Éxodo* indica que los sacerdotes debían evitar subir a los grandes altares con gradas, o de otra forma usar calzoncillos, para que sus partes nobles no fueran vistas (20:26; 28:42-43).

C. Pornografía

Es el uso de toda clase de materiales de tipo sexual con el propósito de estimular o provocar el orgasmo en la persona que recurre a ellos.

Dichos materiales pueden ser *visuales*, como fotos, revistas, películas o sitios de internet donde se exhiben personas desnudas o practicando el acto sexual; *auditivos*, como son las

líneas telefónicas eróticas; o *fetichistas*, como los juguetes y objetos sexuales que ofrecen las llamadas “sex shops”.

La palabra “pornografía” viene del griego: *porneia*, que significa “fornicación”; y en la Biblia aparece en diferentes textos; mencionaremos un par de ellos en los que asimismo se exhorta a apartarse de los pecados sexuales. En la carta a los *Colosenses* (3:5) dice:

«Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación (*porneian*), impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría.»

Y en *I Corintios* 6:9-10 dice:

«No erréis; ni los fornicarios (*pornoi*), ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones [...] heredarán el reino de Dios.»

D. Incesto

Con esta palabra se hace referencia a las relaciones sexuales entre parientes, ya sean naturales o políticos.

En la Biblia aparecen severas prohibiciones contra este tipo de relaciones, éstas se encuentran principalmente en el libro de *Levítico*, tanto en el ya mencionado texto que habla de no descubrir la desnudez de los parientes (cp. 18), como en el cp. 20. En ellos se especifican prohibiciones de tener relaciones sexuales con *el padre o la madre, con padrastros, hijos, hermanos, medios hermanos, tíos naturales y políticos, con la nuera, el yerno, los suegros, cuñados, etc.*

También aparecen en la Biblia casos específicos en que se cometieron incestos, y son presentados de manera repudiable. En el A.T. se mencionan, por ejemplo, las relaciones de las hijas de Lot con su padre y la de Amnón con su media hermana Tamar, así como sus terribles consecuencias (Gn 19:30-38; II Sm 13). En el N.T., el apóstol Pablo menciona que entre los corintios existía un caso de pecado abominable en que un hombre tenía a «la mujer de su padre» (I Co 5), lo cual probablemente hacía alusión a la madrastra.

E. Homosexualismo

Es la práctica sexual entre personas del mismo sexo; cuando se da entre hombres se le llama de la misma forma: homosexualismo, y cuando es entre mujeres: lesbianismo.

Hay quienes señalan que esta conducta puede venir desde el nacimiento, sin embargo, esto no se ha demostrado de ninguna forma, por lo que hay que reconocerlo más bien, como una “conducta adquirida”. La mayoría de homosexuales o lesbianas muestran en su historial el haber sido víctimas de abuso sexual o violación a temprana edad, o haber adquirido dicha desviación durante la adolescencia, frecuentemente inducidos por algún compañero o compañera con las mismas tendencias.

Otra forma de explicar la conducta homosexual es diciendo que se trata de una “preferencia” sexual y no de una desviación o aberración. Pero de la misma forma el

violador o el que comete incesto podría decir que su acto es una preferencia y no una perversión. ¿Se podría aceptar de alguien que diga: tengo preferencia sexual por mi hermana o mi madre?

Además de la homosexualidad, que es relación sexual únicamente con personas del mismo sexo, existe la *bisexualidad*, que es la que practican las personas que tienen relaciones sexuales tanto con hombres como con mujeres. Esta es la conducta de muchas personas casadas, que, incluso tienen hijos de su cónyuge, pero mantienen relaciones íntimas con otra persona de su mismo sexo.

Otra práctica relacionada con el homosexualismo es el *transvestismo*, o travestismo, que se da cuando la persona «se identifica más o menos con el sexo contrario, no sólo en su forma de vestir, sino también en los gustos generales, en las reacciones y en las disposiciones emotivas». ² En esta categoría entran los hombres que comúnmente se les llama “afeminados”, o amanerados; así como las llamadas mujeres “machorras”.

En la Biblia se condena toda práctica homosexual o bisexual, y los pasajes son abundantes. Baste señalar algunos: el primer caso mencionado aparece en el libro de *Génesis* (cp. 19), en la historia de *Sodoma* y *Gomorra*; se dice que los hombres de dicho lugar quisieron “conocer” (eufemismo para referirse al acto sexual) a los ángeles de Dios, lo cual no haría sino evidenciar las abominaciones por las cuales Dios los castigaba. De hecho, a partir de esta historia, la palabra “sodomita” paso a convertirse en sinónimo de “homosexual” (cf. I Ry 14:24). En las leyes del Pentateuco también se encuentran severas exhortaciones contra tal práctica (Lv 18:22; 20:13). Y en el NT es el apóstol San Pablo quien arremete contra tal desviación, denunciando, incluso, la homosexualidad femenina, o lesbianismo (Ro 1:26-27).

En cuanto al travestismo, o inversión de los roles sexuales, la Biblia habla también contra ello. En Deuteronomio 22:5 se dice:

«No vestirá la mujer traje de hombre, ni el hombre vestirá ropa de mujer; porque abominación es a Jehová tu Dios cualquiera que esto hace.»

Y en el NT (I Co 6:9) el apóstol Pablo habla en contra de los *malakoi*, palabra griega que significa: *blandos, afeminados, o sensuales*. ³

F. Prostitución

Es el comercio sexual en el que la prostituta, o prostituto, a cambio de una paga, ofrece su cuerpo para satisfacer sexualmente a su cliente.

Actualmente las personas dedicadas a esta práctica quieren que se les quite el estigma que pesa sobre ellas, por lo cual piden que se les llame “sexo-servidoras” y que se reconozca su trabajo como un oficio, si no digno, por lo menos aceptable en la sociedad.

Desde la antigüedad ha existido la prostitución y parece que en un principio estuvo estrechamente relacionada con la religión; en la antigua Grecia, Babilonia y Egipto existían cultos donde se practicaban la “prostitución sagrada”, y en la India, actualmente, todavía se practica.

En la Biblia se reprueba completamente la prostitución, ya sea como oficio o como forma de placer sexual. El libro de *Deuteronomio* habla de no introducir esas prácticas en la

casa de Dios (23:17-18); y en *Levítico* se advierte a los padres a no prostituir a sus hijas (Lv 19:29). El libro de *Proverbios* previene a los jóvenes a no caer en las redes de la ramera, o “mala mujer” (Pv 5:3-8; 6:23-26; 7:4-27).

En el NT también se condena el acto de la prostitución (cf. I Co 6:15-16); no obstante, la actitud de Jesús parece ser más indulgente, al menos en el sentido de no rechazar a la persona, a la prostituta, sino brindarle la oportunidad de ser perdonada y restaurada, pues suele ser más víctima que victimaria (Lc 7:36-50; Mt 21:31).

G. Fornicación

En un sentido general, la palabra “fornicación” hace referencia a toda práctica sexual desordenada; en un sentido particular, se refiere a las relaciones sexuales extra-maritales, ya sea antes de casarse, en el caso de los jóvenes solteros; o fuera del matrimonio, que es adulterio, en el caso de los casados.

En este inciso nos interesa referirnos a la fornicación o práctica sexual *antes* del matrimonio. En *Génesis* 2:24 dice que el hombre dejará «a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne». En estas breves palabras se encierra una gran enseñanza: el tiempo para que un varón se pueda “hacer carne” con una mujer, es cuando está maduro para abandonar su hogar paterno, y formar el suyo propio, o sea, una nueva familia. Como hemos venido viendo, en la Biblia el sexo no se define como una mera satisfacción carnal, sino como una expresión de unión y amor entre dos seres que han decidido unir no sólo sus cuerpos, sino también sus mentes y sus espíritus.

El *Génesis* también contiene las palabras que en un principio Dios dijo a la pareja humana: «Fructifíquense y multiplíquense» (1:28); y si bien el sexo no tiene como único fin la reproducción, o la procreación de hijos, ésta sí constituye su principal motivación; de lo cual se desprende que la relación sexual sólo se debe practicar cuando se está listo física y mentalmente para ser padre o madre, y los adolescentes, desde luego, no lo están.

Pero tal vez algún joven dirá: «Yo ya tengo edad suficiente, yo ya estoy listo». A lo cual responderemos: «Pues si ya estás listo, para qué jugar con los sentimientos de tu novia, ¿por qué no mejor te casas? De hecho, es con el compromiso matrimonial con el que demuestras que ya estás maduro, sexual y mentalmente».

Muchos jóvenes piden a sus novias que les den una “prueba de amor”, con lo que quieren decir: *que se acuesten con ellos*; pero yo les aconsejo a las muchachas que de ahora en adelante les cambien la fórmula: Señorita, antes que tu novio te pida la “prueba de amor”, pídesela tú a él, pero ésta será: ¡que pida tu mano en matrimonio! Dile: «¡Si de veras me amas, demuéstramelo hablando con mis papás!». Esta sí que será una prueba para él; si te ama, pedirá tu mano, te pondrá un anillo de compromiso, te respetará y se casará contigo; si no... ¡saldrá corriendo!, tenlo por seguro.

Sin duda que el apóstol Pablo tenía en mente muchas de las tentaciones propias de los jóvenes, cuando escribió a Timoteo:

«Huye de las *pasiones juveniles*, y sigue la justicia, la fe, el amor y la paz, con los que de corazón limpio invocan al Señor» (II Tm 2:22).

H. Unión libre

Con este nombre se designa a la cohabitación doméstica de un hombre y una mujer, que viven en una relación de pareja, pero han rehusado formalizar su unión civilmente.

Cuál sea la forma de clasificar a dichas personas, es algo que no queda del todo claro. ¿Son *solteros*? No, porque viven con otra persona como pareja. ¿Son *novios*? No, porque el noviazgo se refiere a personas comprometidas para el matrimonio, o recién casadas, y los que están en unión libre no reúnen estas condiciones. ¿Son *esposos*? No, porque han rehusado casarse. Se podría decir, entonces, que la mejor clasificación sería la de “amantes”, pero este término implica en sí mismo el importantísimo elemento del amor, el cual es la preocupación por el bienestar del prójimo, y esta actitud parece estar ausente en la unión libre, pues si se buscara el bien de la pareja se le honraría con un compromiso formal que le brinde ciertas garantías. Pero en la unión libre es sobre todo la mujer quien más sale perdiendo: ¿cómo le puede decir a su pareja que no la engañe con otras mujeres, si ni siquiera es su esposa?; ¿cómo le puede exigir que la mantenga, si él no es su esposo?; ¿cómo le puede decir que no la abandone, si no están casados?; y si se separan, ¿cómo se puede beneficiar ella con algún bien material, si no hay un documento que certifique esa relación? Eso sí, si hay hijos de por medio, la ley obliga al padre que les dé a sus hijos pensión alimenticia. ¡De eso no se escapan!

Así, pues, si los que viven en unión libre no son ni solteros, ni novios, ni esposos, ni verdaderos amantes, ¿qué son entonces...? Alguien dirá: «Pues simplemente *pareja*.» En efecto, son una pareja, ¡pero de irresponsables y desobligados, que se engañan a sí mismos y quieren engañar a otros! La unión libre es algo parecido a un maratón de juegos y concursos: Primero, juegan a la *kermés*: «Hacemos como que tú eres mi esposa y yo tu esposo, pero sabemos que no es cierto; andamos por la calle haciéndole creer a la gente que estamos casados, pero no es cierto; y nos reímos de las leyes porque la cárcel es de “mentiritas”, al menos mientras sigamos con el juego.» Después, es el juego de *las cebollitas*: «¡A que te abrazo fuerte, fuerte, y aunque tu papá, tu mamá o tu familia te quieran llevar, no te dejo ir, hasta que me dé la gana!» Luego, es el juego de *caras y gestos*: «No le debes decir nada a tu familia de lo que piensas, de lo que sientes y vives con tu pareja; pero ellos interpretan tu silencio, tus lágrimas y tus falsas sonrisas. Luego, es el juego de la *lotería*: si corres con suerte pondrás algunos frijolitos sobre tu mesa; si no... sólo te quedarás viendo cómo ganan los demás, mientras tu carta, reflejo de tu propia vida, sigue vacía, y en la cual sólo ves imágenes como la de un catrín, una escoba, la muerte y el diablo. Finalmente, termina siendo como el juego de las *escondidillas*: tu pareja te dijo que siempre te buscaría y te encontraría donde sea que estuvieras; pero un día... él tarda en aparecer, ya no te busca más, te das cuenta que te ha dejado sola y abandonada; y así te quedas llorando, sin tu compañero de juego; tu familia te encuentra y te recoge, pero tú ya no quieres vivir, porque piensas que la vida es un juego, en el cual tú apostaste todo y lo perdiste, y ya no tienes nada. Pero no es así, Dios te ama, Dios está contigo, y por eso quiere que tomes la vida en serio, que pienses bien las cosas que haces, así como las decisiones que tomas.

Señorita: Dios instituyó el matrimonio para salvaguardarte, para que seas honrada y dignificada por tu esposo, has las cosas bien.

Y joven: Dios te dice que *sí hay un pacto* que debes hacer y formalizar con tu novia, y es el *matrimonio*, por las leyes de Dios y de los hombres. Y cuando ya estés casado deberás honrar a tu esposa, respetando los votos que le juraste ante el altar, votos de *amor, fidelidad, ayuda, respeto, cuidado, provisión, etc.* Lee lo que Dios, a través de su profeta (Mal 2:13-16), les dice a los varones casados:

«Y esto habéis hecho de nuevo: Cubrís el altar de Jehovah con lágrimas, con llanto y con suspiros, porque ya no miro las ofrendas ni las acepto con gusto de vuestra mano. Y decís: ¿Por qué? Porque Jehovah ha sido testigo entre ti y la mujer de tu juventud, a la cual has traicionado, a pesar de ser ella tu compañera y la mujer de tu *pacto*. ¿Acaso el Único no hizo el cuerpo y el espíritu de ella? ¿Y qué es lo que demanda el Único? ¡Una descendencia consagrada a Dios!

Guardad, pues, vuestro espíritu y no traicionéis a la mujer de vuestra juventud. «Porque yo aborrezco el divorcio», ha dicho Jehovah Dios de Israel, «y al que cubre su manto de violencia.» Jehovah de los Ejércitos ha dicho: «Guardad, pues, vuestro espíritu y no cometáis traición.»

Conclusión

Hay muchas cosas más que inquietan a los jóvenes en este tiempo, pero con lo que hemos visto hasta aquí es más que suficiente para entender que Dios quiere que vivamos nuestra sexualidad de una manera pura y responsable, lo cual implica también esperar el tiempo en estemos maduros para disfrutarla plenamente, y que sea con la persona con la que nos unamos en matrimonio. Llevar una sexualidad conforme a la voluntad de Dios, ciertamente es un gran desafío, sobre todo tomando en cuenta todas las tentaciones que a diario nos acechan, pero he aquí unos pasos concretos con los que podemos comenzar:

1. *Reconociendo nuestros pecados ante Dios:* podemos engañar a otros haciéndoles creer que nunca hemos participado en ninguna clase de pecado sexual, pero eso es engañarnos a nosotros mismo, y lo que es más ingenuo, tratar de engañar a Dios. Tal cosa no es posible, porque recordemos que no sólo pecamos con lo que hacemos, sino aun con nuestros pensamientos. Dice el apóstol Juan: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismo, y la verdad no está en nosotros... Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros» (I Jn 1:8, 10). Así que un buen punto de partida es reconocer que le hemos fallado a Dios de muchas maneras denigrando nuestra sexualidad.

2. *Creando en el perdón de Dios:* en el pasaje que acabamos de leer no sólo se encuentran reprensiones por el pecado, sino sobre todo la feliz noticia de que Dios nos perdona todas nuestras faltas, no importa cuán grandes parezcan. Dice el texto: «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad» (I Jn 1:9). Ya Jesucristo pagó por todos nuestros pecados, él nos ofrece el perdón de todo lo malo que hemos hecho y nos presenta *justos* ante Dios. En *Romanos 5:1*, dice: «Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo». Esto significa que Dios no está enojado con nosotros, sino que

nos ofrece su perdón a través de Cristo, y nos ve santos a través de él. Todo esto es nuestro si creemos a su Palabra.

3. *Viviendo nuestra sexualidad como Dios quiere*: la etapa de la juventud y la soltería, es el tiempo para preparar el cuerpo, la mente y las emociones, de modo que maduren sanamente hasta que llegue el momento de disfrutar la sexualidad en el matrimonio. Tal preparación no significa, entonces, tener previamente una vida sexual activa, sino madurar sobre todo en nuestras *emociones y pensamientos* —ya que el cuerpo madura de forma natural—, hasta ser plenamente conscientes del valor del sexo y del amor dentro del marco del matrimonio. Pero vencer las tentaciones sexuales y alcanzar la madurez, sólo pueden lograrse con la ayuda y la dirección de Dios. Jesús nos prometió que el Espíritu Santo moraría en nosotros y nos guiaría a toda verdad (Jn 14:16-17;16:13). Todo esto es ya una realidad para nosotros los creyentes, mediante la fe en Dios.

Es interesante notar que un pasaje bíblico clave que nos habla de cuidar nuestra sexualidad, 1 Cor 6:12-20, usa la figura del templo para referirse a nuestro cuerpo. Dios ha determinado que éste sea el santuario, por excelencia, donde le adoremos, empecemos a hacerlo ya dejando que su Espíritu lo limpie y lo llene con su gloria, sólo así podremos ser verdaderamente bellos tanto por dentro como por fuera...

www.escriturayverdad.cl

¹ Una excelente obra sobre el amor y las relaciones conyugales es el de Paul Evdokimov, *Sacramento del amor* (Barcelona: Libros del Nopal, 1966).

² Juan Antonio Vanrell Díaz, *Educación sexual* (México: Salvat, 1973), p. 88.

³ Graham Cole, *Amor y sexo en la Biblia* (México: Grijalbo, 1964), p. 306.